

DE TODO UN POCO. IMPROMPTU

Sybila Arredondo de Arguedas

José María es el Perú. Sigue siéndolo y dando trabajo, nacional-“no venal”, como solía imprimir Juan Mejía Baca en sus ediciones de amor y generosidad, cuando iba a comenzar un nuevo año.

Me es muy difícil desligar lo que pasa en el Perú y el mundo, la voz viva de José María y José María. Para mí, José María no es para recuerdos sentimentales; todo él es pasión por su pueblo, es maestro, nos acompaña en vida y en acción. Quisiera ser breve, contundente... y contar, a pesar de mi intención de “perfil bajo”, sí, cosas buenas. Reiterar algunos puntos que nos recuerdan lo que dejó establecido y clamar para que lo que aún yace en gavetas y escritorios, donde las polillas establecen sus maternidades, sea aventado, como grano trillado al viento.

Pienso que José María sentía, vivía, expresaba al pueblo indígena, al campesinado, como no lo ha hecho otro intelectual peruano. José María tiene que ver con un periodo de la historia del Perú, relacionado con una nación que se está formando: “Y el camino no tenía por qué ser, ni era posible que fuera únicamente el que se exigía con imperio de vencedores, expoliadores, o sea: que la nación vencida renuncie a su alma, aunque no sea sino en la apariencia, formalmente, y tome la de los vencedores, es decir que se aculture”¹.

Inicio algo aburrido, pero práctico-informativo: innumerables estudios sobre su obra publicados fuera del Perú, reediciones y ediciones críticas dan fe de su vigencia. Baste aquí nombrar el de Sergio R. Franco, *José María Arguedas: hacia una poética migrante* (Universidad de Pittsburgh, 2006), 19 autores conversando durante cerca de

¹ Arguedas, José María. “No soy un aculturado”, en *El zorro de arriba y el zorro de abajo. Obras Completas*. Lima: Horizonte, 1983. Vol. V, 13-14.

400 páginas; el de Anna Housková, *José María Arguedas en el corazón de Europa*, publicado en Praga en el 2004; y la reciente edición crítica de Dora Sales, *Qepa wiñaq... Siempre. Literatura y antropología* (Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2009).

En cuanto a las reediciones, del 2003 en adelante, oficialmente: *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2003); *Yavar fiesta* (La Coruña: Ediciones del Viento, 2006); *Dioses y hombres de Huarochirí*, traducción del quechua (Lima: Universidad Antonio Ruiz de Montoya, 2007); *Mitos, leyendas y cuentos peruanos* (Madrid: Siruela, 2009); *La agonía de Rasu Ñiti y Warma Kuyay* (Lima: Setiembre, Grupo La República, Colección YoLeo, 2010, 55,000 y 40,000 ejemplares respectivamente); y *El Sexto*, traducción de Eve-M. Fell (París: Métailié, en prensa).

Por lo demás, ya me es inabarcable esta obra que, como el topo, sigue hozando en algo más de una docena de lenguas; ediciones unas que otras piratas, otras clandestinas, otras escondidas tras las nubes del tiempo o de la geografía, como, por ejemplo, una inglesa, la polaca y la turca de *Los ríos profundos: Derin Irmaklar*, Türkçesi ÜMIT KIVANÇ, 1983; o el mismo título, íntegro, en una “antología” peruana, 2004.

Otrosí: me alegra que *La agonía de Rasu Ñiti* esté circulando en estos días en el Perú, en cantidad apreciable para un país donde no se lee lo suficiente. Será para prepararnos y celebrar su aniversario, y que nos hable por boca de Rasu Ñiti, como buen *qepa wiñaq* que es José María.

¿Qué nos toca ser? ¿Qué nos toca seguir? Algo que me asombra, asusta y requiere fineza y minuciosidad se asumirá —espero— con una juventud que recupera golpes de vientos inesperados en el transcurso de la historia. Aludo aquí, entre otras situaciones, a una futura publicación en que trabajamos una abuela y dos o tres hijas: este Centenario ilumina una amistad de dos peruanos nacidos el mismo año, que fueron dueños, a fondo, de idiomas diversos, José María y Emilio Adolfo Westphalen. Se trata de correspondencia.

* * *

“*El día que yo me vaya y ya no esté, no llores, paloma mía, que vivo en tí*”. Así dice una canción de autor conocido que escuché y aprendí, muchos años después de la muerte de José María. Aquí, en Ardèche,

más tarde aún, oí: “La obra fue realizada para ‘hacer duelo’” y me pregunto si podría aplicarse a la labor de la compilación de las *Obras Completas*. Plena de amor, su muerte fue corte radical, no tan sorpresivo pero... cómo hallar su amparo, hallar refugio de su ausencia, su silencio... ¿Silencio? “*No llores...*”.

José María comenzó a ser, a hablarme a través del país, a través de su pueblo, a través de su corazón, con su palabra, sus canciones. Era encontrar refugio, un ámbito para mitigar el desamparo del que falta; travesía desde el corazón hasta penetrar la sociedad.

El silencio no es silencio, entonces; tropiezo con fragmentos de historia y destellos del recuerdo, de manera irregular, como sucede en la vida real. No hay vacío, él impele a la vida. Parto a trabajar a la sierra y, sorpresa, Huancayo no es exactamente subir al ámbito imaginado leyendo los primeros cuentos de José María. Conozco huanucas, y mi mundo peruano crece. Allí publicó sus primeros trabajos en 1928, casi adolescente aún, y en 1956 nos entrega, sobre esa zona, un *Estudio etnográfico de la Feria de Huancayo*, la más grande del país. No hay luto; sí duelo, pero la luz del valle del Mantaro, el gran río que se dirige por el Amazonas hacia el Atlántico, los campos de maíz, habas y papas floridas, todo es José María.

Cinco tomos de alimento; un eje “horrible”, Lima, vórtice voraginoso, gris y nublado, pero el mar..., allí tenía que ser. Después de esa sierra huanca fuerte, fértil y fecunda, el desierto y el oasis: Antonio Cornejo Polar, Humberto Damonte y yo, a veces Francisco Carrillo, conspiramos. Unos quince años y en 1983, año de alumbramiento... y seguir... ¿más seis o siete tomos? Sí, que esperan hace veinte años en estado de crisálida.

Por último: creo que José María nunca fue tan tierno como en ese momento en que teníamos que separarnos, hasta nunca más ver; esto, sólo él lo tenía en mente.

Él debía continuar trayecto en el pequeño Volkswagen en que descendíamos a Lima desde Chaclacayo, para llegar hasta La Molina, volteando hacia el camino que desvía desde la Carretera Central hacia ese lugar, donde se encuentra la Universidad Agraria. Yo, en cambio, descendía del carrito en el cruce y tomaba cualquier movilidad que entrara a la ciudad, hasta la cercanía de la Plaza San Martín, donde estaba mi lugar de trabajo.

Fue todo cariño cuando paró el auto y con mirada apacible y amorosa, pero intensa, dijo algunas palabras halagadoras, como si

estuviera alegre y admirado de que yo existiera en ese momento. Parecía querer detenerme, guardar esa imagen —¿la última que lo acompañaría frente al espejo, como no fuera la de sí mismo?— de quien estaba allí, con un traje sastre granate algo ajustado, de media estación, que por casualidad llevaba y que le simpatizaba; decía que me “caía”. Entonces, con mirada acariciadora me estrechó, cogiendo mis manos... unos besos tiernos, quizá en la frente. Su aspecto era de alivio. Pensé: está tranquilo; como cuando la tibieza de la primavera comienza a llegar y alivia del frío, del filo de la lluvia o de cualquier nieve repentina, pero lenta. No era así, me equivocaba. Pero él no encubría. Se despedía sin miedo. “El corazón está listo”, aligerado, pleno.

¿Cómo iba a imaginar en ese momento que sólo volvería a verlo sin vida?

Su hermosa cabeza, su frente, su cabello grisáceo con un “rayo” blanco de luna marcando su cráneo hacia atrás, que hoy —como siempre— me hace evocar el diálogo de Rasu Ñiti:

“— ¿Estás viendo al Wamani sobre mi cabeza? —preguntó [...] a su mujer.

Ella levantó la cabeza.

— Está —dijo—. Está tranquilo.

— ¿De qué color es?

— Gris. La mancha blanca de su espalda está ardiendo.

— Así es. Voy a despedirme. ¡Anda tú a bajar los tipis de maíz del corredor! ¡Anda!”².

² Arguedas, José María. “La agonía de Rasu Ñiti”. En *Obras Completas*. Lima: Horizonte, 1983. Vol. I, 203-278.